

Débora Benacot

pirsin ,

2011



Pirsin by Débora Benacot is licensed under a [Creative Commons Attribution-CompartirDerivadasIgual 2.5 Argentina License.](#)

Usted es libre de:

- Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas
- hacer un uso comercial de esta obra

Bajo las condiciones siguientes:

- **Atribución** – Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
- **Compartir bajo la Misma Licencia** – Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

A mi tío Mario

A la recién nacida
pronto van a ponerle
los aritos abridores.

Nadie le ha preguntado
si está de acuerdo con eso
pero
pensándolo bien
tampoco
si quería aterrizar
en este mundo indispuerto
si estaba de acuerdo con su nombre
si esperaba compartir habitación con el hermano
si soportaría el mito de un abuelo extraordinario
muerto
justo un mes antes de su nacimiento.

En todo caso,
cuando crezca,
hará muchas cosas
sin consultar a nadie.

Sin embargo
de todo lo que alcance
a cuestionar su rebeldía
el mito del abuelo
será la única herida
que todavía sangre.

Elegir una palabra
afilarse las aristas
y hacerle
ahora mismo
a este silencio
el haraquiri.

No es desamor
es una reacción alérgica.

Se recomienda
en estos casos
la pronta retirada
del objeto o del sujeto.

La zona de contacto
ha hablado.

Recién cuando contempla
a esas mujeres
que no usan adornos
ni otro maquillaje
que una sonrisa bien puesta

entiende entonces
cuánto hay de accesorio
en este mundo
y cuánto tiempo perdemos
a diario
en camuflar con placebos
la belleza.

Es mentira que un escritor
que se precie
deba fumar
beber alcohol con frecuencia
posar frente a su biblioteca
mientras acaricia un gato.

Es una quimera
una campaña del mercadeo
cultural más bajo
que han inventado
y sostenido exitosamente
por años

tabacaleras
destilerías
libreros
y descendientes de egipcios.

Demora un rato largo
en el radiólogo
hasta que se quita
los doce aritos de metal
de todo el cuerpo
para que puedan hacerle
la placa.

Y mientras contiene la respiración
y se está quieto
piensa
qué podrán esas imágenes
revelarle del adentro
que no sepa
de sí mismo
ya
por fuera.

Quien sospecha de cada uno
de tus entusiasmos
y te mira de reojo
y frunce la boca
cuando escucha tus verdades

seguro es de esas personas
que de todo se quejan,
que provocan de costado,
pisan en sólido
nunca mezclan el vino con sandía
y solo hacen el amor
con cubiertos.

No necesito
decirte al oído
las palabras malas
porque todas las palabras
son buenas
proteicas
inocentes

hasta que se demuestre
en un poema
lo contrario.

Descubrió que su cuaderno
de espiral
también tenía un pirsin

un rulo de metal
mareándose frenético
entre cuarenta y seis orificios
equidistantes

serpiente en los extremos
doblada hacia sí misma
plateado ouroboros vertical

guardián de aquellas
ochenta hojas rayadas
papel obra
industria argentina.

Los hospitales y los aeropuertos se parecen.

Hay quien llega
quien espera
quien llora
quien se va
quien huye

gente reunida
en la bienvenida
y otros muy juntos
para despedirse

manos que insisten
en muecas de adiós
ojos de vidrio
empañados
labios que rezan
un mantra protector
para el que parte

hormigueo constante
en los pasillos
preguntas
destinos
carteles
arrivals / departures

Los hospitales y los aeropuertos se parecen
tanto que se infiere
que todos tenemos un asiento reservado
en ese único vuelo
y estamos mortalmente enfermos
de lo mismo.

Los hospitales y los aeropuertos se parecen
demasiado.

Espacio
disponible.

Inserte aquí
un poema.

La tribu te dejó
en veremos
con la espina de pez
cruzando el labio

creciste en una noche
toda la ferocidad de golpe
y ahora ya sos grande

para qué
si te dejaron
adulto
solitario
los miedos en ayunas
en medio de la jungla.

El Zonda
lame el paisaje
en ráfagas
de hasta noventa kilómetros
por hora.

Ay, ay, ay,
la ropa tendida
de la vecina
en la terraza.

Ay, esas sábanas blancas
retorciéndose en la sogá

ay, esa ropa limpia
en el aire agonizando
a causa de las ganas juguetonas
de un viento que siempre tiene
-vaya uno a saber por qué-
las manos sucias
de urgencia
y tierra.

Y nunca ponerle
cerrojos
al verso

dejarlo
que corra
libre
y desnudo
los ojos abiertos
por toda la página.

Una tienda al lado de otra
y otra
y otra más
idénticas

y en todas
gente formando fila

seres comunes y corrientes
esperando su turno
para hacerse sobre el cuerpo
algo igual

que los distinga.

Para purgar el cansancio
basta con
una mirada apacible y fresca

como la mansa alfombra de sueño
que la siesta desenrolla
sobre el pasto.

Tosca soledad la de quedarse
en el borde desigual de algún poema
al acecho de una presa
que por fin se asome
sin querer
desprevenida

un karma parecido
al de Asterión
pero distinto

nosotros nunca vemos
el rostro
de las víctimas.

El pájaro espino
sabe
que un solo canto
vale la pena
si se nos vuelca
en él
toda la sangre.

Tan sencillo habituarse
al miedo
esa cota de malla

pero a la vez
tan preciso saltar
hacia un lugar más verdadero
que la rutina y su jaula
de sueños domésticos
amaestrados.

Claro que afuera hace frío
y el sendero es extraño

pero si no es ahora
cuándo.

Entonces practicaron
monomaquia
con los restos
del amor
que conservaban.

Nunca se vio
contienda más brutal
ni imperceptible.

Alguien duerme
cada noche
con la ausencia
de alguien más
cosida a su costado

en la cama ya no cabe otro naufragio

pero ella sabe
-Alicia le ha enseñado-
que también es posible nadar
entre las lágrimas.

Sobre los guantes descartables
dos gotitas de sangre

suvenir líquido y rojo
temblando apenas
en el látex.

El día en que por fin ordene
estos papeles
sentiré una tristeza infinita.

Habrà que hacer el duelo
de aquello que ya nunca
vuelve a ser lo de antes

la pena de perder
el caos donde andàbamos ingenuos
tropenzando
y todavía era posible
tras cada moretón
sacudirnos
sonreír
levantarnos

en esa porfía
otra vez reconocernos.

El águila que comía
empecinada
el hígado de Prometeo
era en realidad la condenada
a la práctica eterna e infructuosa
de un pirsin
huérfano de pendiente
sin más adorno
que el hastío de
lo que nunca sacia.

Para asomarme a explicar
lo que esto duele
tendría que escribir
el resumen
más largo
del mundo.

La mariposa de una bicicleta ajena
incrustada en la pierna
de la hermana

y desde entonces
cada vez que llaman a la puerta

*uh, lo que le hiciste
al vehículo de ese pobre hombre
escuchá el timbre
es la policía
que viene a buscarte*

pero los niños
no son crueles
solo siembran
en cada familia
las anécdotas.

De las redes del olvido
te salva
el anzuelo oxidado
que la memoria clava
a tu paladar anfibio.

No hay apuro en sangrar, pero lo hacemos
como desovillando un río que amanece
por dentro.

No queda más
que escoger el sitio
donde empollará
el dolor
buscar el rincón
y dejar que tropiece
por última vez
en los pulmones
el aire.

Ese psicópata que mataba gatitos y después
subía risueño las fotos a internet

o esos desquiciados que reenvían
por mail cadenas con mensajes
melosos, positivos, de agonizante ortografía y dudosa
procedencia

para todos ellos
se ha inaugurado
un nuevo círculo
en el infierno.

Y acá me ves
los nervios perforados
de tanto esperarte.

Aparecé pronto

no me dejés esta angustia
como un pirsin inefable.

Nunca confié en la soledad
la vida me queda grande
y además
como te dije aquella vez
vos
sos mi cábala.

*La respuesta es lo malo de la pregunta.
M. Blanchot*

Los garfios de la curiosidad
atravesándote los labios

para qué verificar
dónde
por qué
cuándo
empezó esta herida
de nuevo a supurarte
si ya sabés de memoria
las respuestas.

Hubo una vez un poema
que salió a buscar fortuna
en concursos literarios.

Nunca más supimos
de él.

Si estás leyendo esto
por favor
volvé
llamá
danos señales.

En casa los chicos
te extrañan.

No es tanto lo que duele
sino más bien lo que pincha

me punza en el costado
el fantasma de tu abrazo.

Será cuestión de esperar.

Dicen por ahí
que el tiempo
es la única anestesia
posible.

Colmillos de hierro
tu adiós es como Agni:

muerde todo lo que encuentra.

Lo que el perdedor
no vislumbra

el ego agujereado
la bronca en el destino

es que el premio
ya es
haber escrito.

Las comas son
en el texto
un pirsin.

Los puntos
en cambio
son queloides
de un final (absurdo)
que a duras penas
cicatrizan.